

SUPLEMENTO LITERARIO DE PAGINA/12 •20 DE DICIEMBRE DE 1998• AÑO II Nº 58

Walter Benjamin *Sorprenda al snob en Navidad*
La escena del crimen *Liliana Heker y sus gatos*
Herejías *Juan Manuel de Prada contra Galdós*
Reseñas *García Márquez, los Brönte, Morandini, Tode*

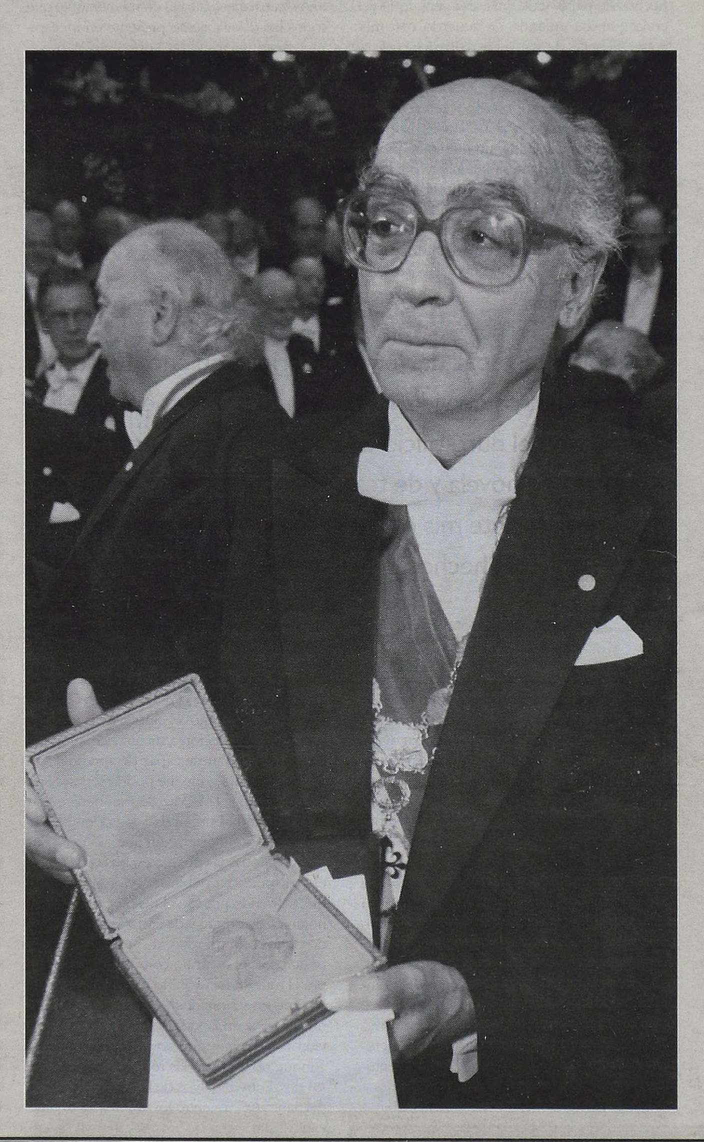
INFORME PARA UNA ACADEMIA

La semana pasada José Saramago recibió el Premio Nobel. A continuación reproducimos, como regalo de Navidad, el discurso de aceptación del premio ante la Academia Sueca.

por José Saramago

El hombre más sabio que he conocido en toda mi vida no sabía leer ni escribir. A las cuatro de la madrugada, cuando la promesa de un nuevo día aún venía de tierras de Francia, se levantaba del catre y salía al campo, llevando hasta el pasto la media docena de cerdas de cuya fertilidad se alimentaban él y su mujer. Mis abuelos maternos vivían de esta escasez, de la pequeña cría de cerdos que después del desmame eran vendidos a los vecinos de la aldea, Azinhaga, en la provincia del Ribatejo.

Se llamaban Jerónimo Melrinho y Josefa Caixinha esos abuelos, y eran analfabetos uno y otro. En el invierno, cuando el frío de la noche apretaba hasta el punto de que el agua de los cántaros se helaba dentro de la casa, recogían de las pocilgas a los lechones más débiles y se los llevaban a su cama. Debajo de las mantas ásperas, el calor de los humanos libraba a los animalillos de una muerte segura. Aunque fuera gente de buen carácter, no era por primores de alma compasiva por lo que los dos viejos procedían así: lo que les preocupaba, sin sentimentalismos ni retóricas, era proteger su pan de cada día, con la naturalidad de quien, para mantener la vida, no aprendió a pensar mucho más de lo que es indispensable. Ayudé muchas veces a mi abuelo Jerónimo en sus andanzas de pastor, cavé muchas veces la tierra del huerto de la casa y corté leña para la lumbre, muchas veces, dando vueltas y vueltas a la gran rueda de hierro que accionaba la bomba, hice subir agua del pozo comunitario y la transporté al hombro, muchas veces, a escondidas de los guardas de las cosechas, fui con mi abuela, también de madrugada, pertrechados de rastrillo, paño y cuerda, a recoger en los rastrojos la paja suelta que después habría de servir para lecho del ganado. Y algunas veces, en noches calientes de verano, después de la cena, mi abuelo me decía: «José, hoy vamos a dormir los dos debajo de la higuera». En medio de la paz nocturna, entre las ramas altas del árbol, una estrella se me aparecía, y después, lentamente, se escondía detrás de una hoja, y, mirando en otra dirección, tal como un río corriendo en silencio por el cielo cóncavo, surgía la claridad traslúcida de la vía láctea, el camino de Santiago, como todavía le llamábamos en la aldea. Mientras el sueño llegaba, la noche se poblaba con las historias y los sucesos que mi abuelo iba contando: leyendas, apariciones, asombros, episodios singulares, muertes antiguas, escaramuzas de palo y piedra, palabras de antepasados, un incansable rumor de memorias que me mantenía despierto, al mismo que suavemente me acunaba. Nunca supe si él se callaba cuando descubría que me había dormido, o si seguía



hablando para no dejar a medias la respuesta a la pregunta que invariablemente le hacía en las pausas más demoradas que él, calculadamente, introducía en el relato: «¿Y después?». Tal vez repitiese las historias para sí mismo, quizá para no olvidarlas, quizá para enriquecerlas con peripecias nuevas. No es necesario decir que yo imaginaba, en aquella edad mía y en aquel tiempo de todos nosotros, que mi abuelo Jerónimo era señor de toda la ciencia del mundo. Cuando, con la primera luz de la mañana, el canto de los pájaros me despertaba, él ya no estaba allí, se había ido al campo con sus animales, dejándome dormir. Entonces me levantaba, doblaba la manta, y, descalzo (en la aldea anduve siempre descalzo hasta los catorce años), todavía con pajas enredadas en el pelo, pasaba de la parte cultivada del huerto a la otra, donde se encontraban las pocilgas, al lado de la casa.

Mi abuela, ya en pie desde antes que mi abuelo, me ponía delante un tazón de café con trozos de pan y me preguntaba si había dormido bien. Si le contaba algún mal sueño nacido de las historias del abuelo, ella siempre me tranquilizaba: "No hagas caso, en sueños no hay firmeza". Pensaba entonces que mi abuela, aunque también fuese una mujer muy sabia, no alcanzaba las alturas de mi abuelo, ese que, tumbado debajo de la higuera, con el nieto José al lado, era capaz de poner el universo en movimiento apenas con dos palabras. Muchos años después, cuando mi abuelo ya se había ido de este mundo y yo era un hombre hecho, llegué a comprender que la abuela, también ella, creía en los sueños. Otra cosa no podría significar que, estando sentada una noche ante la puerta de su pobre casa, donde entonces vivía sola, mirando las estrellas mayores y menores de encima de su cabeza, hubiese dicho estas palabras: "El mundo es tan bonito y yo tengo tanta pena de morir". No dijo miedo de morir, dijo pena de morir, como si la vida de pesadilla y continuo trabajo que había sido la suya, en aquel momento casi final, estuviese recibiendo la gracia de una suprema y última despedida, el consuelo de la belleza revelada. Estaba sentada a la puerta de una casa, como no creo que haya habido alguna otra en el mundo, porque en ella vivió gente capaz de dormir con cerdos como si fuesen sus propios hijos, gente que tenía pena de irse de la vida sólo porque el mundo era bonito, gente, y ése fue mi abuelo Jerónimo, pastor y contador de historias, que, al presentir que la muerte venía a buscarlo, se despidió de los árboles de su huerto uno por uno, abrazándolos y llorando porque sabía que no los volvería a ver.

Muchos años después, escribiendo por primera vez sobre mi abuelo Jerónimo y mi

abuela Josefa (me ha faltado decir que ella había sido, según cuantos la conocieron de joven, de una belleza inusual), tuve conciencia de que estaba transformando las personas comunes que habían sido en personajes literarios y que ésa era, probablemente, la manera de no olvidarlos, dibujando y volviendo a dibujar sus rostros con el lápiz siempre cambiante del recuerdo, coloreando e iluminando la monotonía de un cotidiano opaco y sin horizontes, como quien va recreando sobre el inestable mapa de la memoria, la irrealidad sobrenatural del país en que decidió pasar a vivir. La misma actitud de espíritu que, después de haber evocado la fascinante y enigmática figura de un cierto bisabuelo berebere, me llevaría a describir más o menos en estos términos un viejo retrato (hoy ya con casi ochenta años) donde mis padres aparecen. "Están los dos de pie, bellos y jóvenes, de frente ante el fotógrafo, mostrando en el rostro una expresión de solemne gravedad que es tal vez temor delante de la cámara, en el instante en que el objetivo va a fijar de uno y del otro la imagen que nunca más volverán a tener, porque el día siguiente será implacablemente otro día.

Mi madre apoya el codo derecho en una alta columna y sostiene en la mano, caída a lo largo del cuerpo, una flor. Mi padre pasa el brazo por la espalda de mi madre y su mano callosa aparece sobre el hombro de ella como un ala. Ambos pisan tímidos una alfombra floreada. La tela que sirve de fondo postizo al retrato muestra unas difusas e incongruentes arquitecturas neoclásicas". Y terminaba: "Tendría que llegar el día en que contaría estas cosas. Nada de esto tiene importancia salvo para mí. Un abuelo berebere, llegando del norte de Africa, otro abuelo pastor de cerdos, una abuela maravillosamente bella, unos padres graves y hermosos, una flor en un retrato ¿qué otra genealogía puede importarme? ¿en qué mejor árbol me apoyaría?". Escribí estas palabras hace casi treinta años sin otra intención que no fuese reconstituir y registrar instantes de la vida de las personas que me engendraron y que estuvieron más cerca de mí, pensando que no necesitaría explicar nada más para que se supiese de dónde vengo y de qué materiales se hizo la persona que comencé siendo y ésta en que poco a poco me he convertido.

Ahora descubro que estaba equivocado, la biología no determina todo y en cuanto a la genética, muy misteriosos habrán sido sus caminos para haber dado una vuelta tan larga. A mi árbol genealógico (perdóneseme la presunción de designarlo así, siendo tan menguada la sustancia de su savia) no le faltaban sólo algunas de aquellas ramas que el tiempo y los sucesivos encuentros de la vida van desgajando del tronco central. También le faltaba quien ayudase a sus raíces a penetrar hasta las capas subterráneas más profundas, quien apurase la consistencia y el sabor de sus frutos, quien ampliase y robusteciese su copa para hacer de ella abrigo de aves migratorias y amparo de nidos. Al pintar a mis padres y a mis abuelos con tintas de literatura, transformándolos de las simples personas de carne y hueso que habían sido, en personajes nuevamente y de otro modo constructores de mi vida, estaba, sin darme cuenta, trazando el camino por donde los personajes que habría de inventar, los otros, los efectivamente literarios, fabricarían y traerían los materiales y las herramientas que, finalmente, en lo bueno y en lo menos bueno, en lo bastante y en lo insuficiente, en lo ganado y en lo perdido, en aquello que es defecto pero también en aquello que es exceso, acabarían haciendo de mí la persona en que hoy me reconozco: creador de esos personajes y al mismo tiempo criatura de ellos. En cierto sentido se podría decir que, letra a letra, palabra a palabra, página a página, libro a libro, he venido, sucesivamente, implantando en el hombre que fui los personajes que creé.

Ahora soy capaz de ver con claridad quiénes fueron mis maestros de vida, los que más intensamente me enseñaron el duro oficio de vivir, esas decenas de personajes de novela y de teatro que en este momento veo desfilar ante mis ojos, esos hombres y esas mujeres hechos de papel y de tinta, esa gente que yo creía que iba guiando de acuerdo con mis conveniencias de narrador y obedeciendo a mi voluntad de autor, como títeres articulados cuyas acciones no pudiesen tener más efecto en mí que el peso soportado y la tensión de los hilos con que los movía. De esos maestros el primero fue, sin duda, un mediocre pintor de retratos que designé simplemente por la letra h, protagonista de una historia a la que creo razonable llamar de doble iniciación (la de él, pero también, de algún modo, la del autor del libro, protagonista de una historia titulada *Manual de pintura y caligrafía*, que me enseñó la honradez elemental de reconocer y acatar, sin resentimientos ni frustraciones, sus propios límites: sin poder ni ambicionar aventurarme más allá de mi pequeño terreno de cultivo, me quedaba la posibilidad de cavar hacia el fondo, hacia abajo, hacia las raíces. Las mías, pero también las del mundo, si podía permitirme una ambición tan desmedida.

Vinieron después los hombres y las mujeres del Alentejo, aquella misma hermandad de condenados de la tierra a que pertenecieron mi abuelo Jerónimo y mi abuela Josefa, campesinos rudos obligados a alquilar la fuerza de los brazos a cambio de un salario y de condiciones de trabajo que sólo merecerían el nombre de infames. Gente popular que conocí, engañada por una Iglesia tan cómplice como beneficiaria del poder del Estado y de los terratenientes latifundistas, gente permanentemente vigilada por la policía, gente, cuántas y cuántas veces, víctima inocente de las arbitrariedades de una justicia falsa. Tres generaciones de una familia de campesinos, los Mau-Tempo, desde el comienzo del siglo hasta la Revolución de Abril de 1974 que derrumbó la dictadura, pasan por esa novela a la que di el título de *Alzado del suelo* y fue con tales hombres y mujeres del suelo levantados, personas reales primero, figuras de ficción después, con las que aprendí a ser paciente, a confiar y a entregarme al tiempo, a ese tiempo que simultáneamente nos va construyendo y destruyendo para de nuevo construirnos y otra vez destruirnos. No tengo la seguridad de haber asimilado de manera satisfactoria aquello que la dureza de las experiencias tornó virtud en esas mujeres y en esos hombres: una actitud naturalmente estoica ante la vida.

Teniendo en cuenta, sin embargo, que la lección recibida, pasados más de veinte años, permanece intacta en mi memoria, que todos los días la siento presente en mi espíritu como una insistente convocatoria, no he perdido, hasta ahora, la esperanza de llegar a ser un poco más merecedor de la grandeza de los ejemplos de dignidad que me fueron propuestos en la inmensidad de las planicies del Alentejo. El tiempo lo dirá.

¿Qué otras lecciones podría yo recibir de un portugués que vivió en el siglo XVI, que compuso las *Rimas* y las glorias, los naufragios y los desencantos patrios de *Os Lusiadas*, que fue un genio poético absoluto, el mayor de nuestra literatura, por mucho que eso pese a Fernando Pessoa, que a sí mismo se proclamó como el Super-Camoens de ella? Ninguna lección a mi alcance, ninguna lección que yo fuese capaz de aprender salvo la más simple que me podría ser ofrecida por el hombre Luis Vaz de Camoens en su más profunda humanidad, por ejemplo, la humildad orgullosa de un autor que va llamando a todas las puertas en busca de quien esté dispuesto a publicar el libro que escribió, sufriendo por eso el desprecio de los ignorantes de sangre y de casta, la indiferencia desdeñosa de un rey y de su compañía de poderosos, el escarnio con que desde siempre el mundo ha recibido la visita de los poetas, de los visionarios y de los locos. Al menos una vez en la vida, todos los autores tuvieron o tendrán que ser Luis de Camoens, aunque no escriban las redondillas de *Sobolos rios*. Entre hidalgos de la corte y censores del Santo Oficio, entre los amores de antaño y las desilusiones de la vejez prematura, entre el dolor de escribir y la alegría de haber escrito, fue a este hombre enfermo que regresa pobre de la India, adonde muchos sólo iban para enriquecerse, fue a este soldado ciego de un ojo y golpeado en el alma, fue a este seductor sin fortuna que no volverá nunca más a perturbar los sentidos de las damas de palacio, a quien yo puse a vivir en el teatro en el escenario de la pieza de teatro llamada *¿Qué haré con este libro?*, en cuyo final resuena otra pregunta, aquella que importa verdaderamente, aquella que nunca sabremos si alguna vez llegará a tener respuesta suficiente: "¿Qué haréis con este libro?". Humildad orgullosa fue esa de llevar debajo del brazo una obra maestra y verse injustamente rechazado por el mundo. Humildad orgullosa también, y obstinada, ésta de querer saber para qué servirán mañana los libros que vamos escribiendo hoy, y luego dudar que consigan perdurar largamente (¿hasta cuándo?) las razones tranquilizadoras que quizá no estén siendo dadas o que estamos dándonos a nosotros mismos. Nadie se engaña mejor que cuando consiente que lo engañen otros.

Se aproxima ahora un hombre que dejó la mano izquierda en la guerra y una mujer que vino al mundo con el misterioso poder de ver lo que hay detrás de la piel de las personas. El se llama Baltasar Mateus y tiene el apodo de Siete-Soles, a ella la conocen por Blimunda, y también por el apodo de Siete-Lunas que le fue añadido después porque está escrito que donde haya un sol habrá una luna y que sólo la presencia conjunta de uno y otro tornará habitable, por el amor, la tierra. Se aproxima también un padre jesuita llamado Bartolomeu que inventó una máquina capaz de subir al cielo y volar sin otro combustible que no sea la voluntad humana, esa que según se viene diciendo, todo lo puede, aunque no pudo, o no supo, o no quiso, hasta hoy, ser el sol y la luna de la simple bondad o del todavía más simple respeto. Son tres locos portugueses del siglo XVIII en un tiempo y en un país donde florecieron las supersticiones y las hogueras de la Inquisición, donde la vanidad y la megalomanía de un rey hicieron levantar un convento, un palacio y una basílica que asombrarían al mundo exterior, en el caso poco probable de que ese mundo tuviera ojos bastantes para ver a Portugal, tal como sabemos que los tenía Blimunda para ver lo que escondido estaba. Y también se aproxima una multitud de millares y millares de hombres con las manos sucias y callosas, con el cuerpo exhausto de haber levantado, durante años sin fin, piedra a piedra, los muros implacables del convento, las alas enormes del palacio, las columnas y las pilastras, los aéreos campanarios, la cúpula de la basílica suspendida sobre el vacío. Los sonidos que estamos oyendo son del clavicornio del Domenico Scarlatti, que no sabe si debe reír o llorar. Esta es la historia del *Memorial del convento*, un libro en que el aprendiz de autor, gracias a lo que le venía siendo enseñado desde el antiguo tiempo de sus abuelos Jerónimo y Josefa, consiguió escribir palabras como éstas, donde no está ausente alguna poesía: "Además de la conversación de las mujeres son los sueños los que sostienen al mundo en su órbita. Pero son también los sueños los que le hacen una corona de lunas, por eso el cielo es el resplandor que hay dentro de la cabeza de los hombres si no es la cabeza de los hombres el propio y único cielo". Que así sea. De las lecciones de poesía, sabía ya alguna cosa el adolescente, aprendidas en sus libros de texto cuando, en una escuela de enseñanza profesional de Lisboa, andaba preparándose para el oficio que ejerció en el comienzo de su vida de trabajo: el de mecánico cerrajero. Tuvo también buenos maestros del arte poético en las largas horas nocturnas que pasó en bibliotecas públicas, leyendo al azar de encuentros y de catálogos, sin orientación, sin alguien que le aconsejase, con el mismo asombro creador del navegante que va inventando cada lugar que descubre. Pero fue en la biblioteca de la escuela industrial donde *El año de la muerte de Ricardo Reis* comenzó a ser escrito.

Allí encontró un día el joven aprendiz de cerrajero (tendría entonces 17 años) una revista, *Atena* era el título, en que había poemas firmados con aquel nombre y, naturalmente, siendo tan mal conocedor de la cartografía literaria de su país, pensó que existía en Portugal un poeta que se llamaba así: Ricardo Reis. No tardó mucho tiempo en saber que el poeta propiamente dicho había sido un tal Fernando Nogueira Pessoa que firmaba poemas con nombres de poetas inexistentes nacidos en su cabeza y a quienes llamaba heterónimos, palabra que no constaba en los diccionarios de la época, por eso costó tanto trabajo al aprendiz de las letras saber

"Ahora soy capaz de ver con claridad quiénes fueron mis maestros de vida, los que más intensamente me enseñaron el duro oficio de vivir, esas decenas de personajes de novela y de teatro que en este momento veo desfilar ante mis ojos, esos hombres y esas mujeres hechos de papel y de tinta".



lo que ella significaba. Aprendió de memoria muchos poemas de Ricardo Reis ("Para ser grande sê inteiro/ Poe quanto és no mínimo que fazes"), pero no podía resignarse, pesar de tan joven e ignorante, a que un espíritu superior hubiese podido concebir, sin remordimiento, este verso cruel: "Sábio e o que se contenta com o espectáculo do mundo". Mucho, mucho tiempo después, el aprendiz de escritor ya con el pelo blanco y un poco más sabio de sus propias sabidurías se atrevió a escribir una novela para mostrar al poeta de las *Odas* algo de lo que era el espectáculo del mundo en ese año de 1936 en que lo puso a vivir sus últimos días: la ocupación de la Renania por el ejército nazi, la guerra de Franco contra la República española, la creación por Salazar de las milicias fascistas portuguesas. Fue como si estuviese diciéndole: "He ahí el espectáculo del mundo, mi poeta de las amarguras serenas y del escepticismo elegante. Disfruta, goza, contempla, ya que estar sentado es tu sabiduría".

El año de la muerte de Ricardo Reis terminaba con unas palabras melancólicas: "Aquí donde el mar acabó y la tierra espera". Por tanto no habría más descubrimientos para Portugal, sólo como destino una espera infinita de futuros ni siquiera imaginables: el *fado* de costumbre, la *saudade* de siempre y poco más. Entonces el aprendiz imaginó que tal vez hubiese una manera de volver a lanzar los barcos al agua, por ejemplo mover la propia tierra y ponerla a navegar mar adentro. Fruto inmediato del resentimiento colectivo portugués por los desdenes históricos de Europa (sería más exacto decir fruto de mi resentimiento personal), la novela que entonces escribí, *La balsa de piedra*, separó del continente europeo a toda la península ibérica, transformándola en una gran isla fluctuante, moviéndose sin remos ni velas, ni hélices, en dirección al Sur del mundo, "masa de piedra y tierra cubierta de ciudades, aldeas, ríos, fábricas, bosques bravíos, campos cultivados, con su gente y sus animales", camino de una utopía nueva: el encuentro cultural de los pueblos peninsulares con los pueblos del otro lado del Atlántico, desafiando así, a tanto se atrevió mi estrategia, el dominio sofocante que los Estados Unidos de la América del Norte vienen ejerciendo en aquellos parajes.

Se acordó entonces el aprendiz de que en tiempos de su vida había hecho algunas revisiones de pruebas de libros y que si en *La balsa de piedra* hizo, por decirlo así, revisión del futuro, no estaría mal que revisara ahora el pasado inventando una novela que se llamaría *Historia del cerco de Lisboa*, en la que un revisor trabajando un libro del mismo título, aunque de historia, y cansado de ver cómo la citada historia cada vez es menos capaz de sorprender, decidió poner en lugar de un "sí" un "no", subvirtiendo la autoridad de las "verdades históricas". Raimundo Silva, así se llamaba el revisor, es un hombre simple, vulgar, que sólo se distingue de la mayoría por creer que todas las cosas tienen su lado visible y su lado invisible y que no sabremos nada de ellas, mientras no les hayamos dado la vuelta completa.

Excusado será añadir que el aprendiz aprendió con Raimundo Silva la lección de la duda. Ya era hora. Fue probablemente este aprendizaje de la duda el que le llevó, dos años más tarde, a escribir *El Evangelio según Jesucristo*. Es cierto, y él lo ha dicho, que las palabras del título le surgieron por efecto de una ilusión óptica, pero es legítimo que nos interroguemos si no habría sido el sereno ejemplo del revisor el que, en ese tiempo, le anduvo preparando el terreno de donde habría de brotar la nueva novela. Esta vez no se trataba de mirar por detrás de las páginas del Nuevo Testamento a la búsqueda de contradicciones, sino de iluminar con una luz rasante la superficie de esas páginas, como se hace con una pintura para resaltarle los relieves, las señales de paso, la oscuridad de las depresiones. Fue así como el aprendiz, ahora rodeado de personajes evangélicos, leyó, como si fuese la primera vez, la descripción de la matanza de los inocentes y habiendo leído, no comprendió. No comprendió que pudiese haber mártires de una religión que tuviese que esperar treinta años para que su fundador pronunciase la primera palabra de ella, no comprendió que no hubiese salvado la vida de los niños de Belén precisamente la única persona que lo podría haber hecho, no comprendió la ausencia, en José, de un sentimiento mínimo de responsabilidad, de remordimiento, de culpa o siquiera de curiosidad, después de volver de Egipto con su familia. Ni se podrá argumentar en defensa de la causa que fue necesario que los niños de Belén murieran para que pudiese salvarse la vida de Jesús: el simple sentido común, que a todas las cosas, tanto a las humanas como a las divinas, debería presidir, está ahí para recordarnos que Dios no enviaría a su hijo a la Tierra con el encargo de redimir los pecados de la humanidad, para que muriera a los dos años de edad degollado por un soldado de Herodes. En ese Evangelio escrito por el aprendiz con el respeto que merecen los grandes dramas, José será consciente de su culpa, aceptará el remordimiento en castigo de la falta que cometió y se dejará conducir a la muerte casi sin resistencia, como si eso le faltase todavía para liquidar sus cuenta con el mundo. El *Evangelio* del aprendiz no es, por lo tanto, una leyenda edificante más de bienaventurados y de dioses,

"La terrible carnicería de Münster enseñó al aprendiz que, al contrario de lo que prometieron, las religiones nunca sirvieron para aproximar a los hombres y que la más absurda de todas las guerras es una guerra religiosa teniendo en consideración que Dios no puede, aunque lo quisiese, declararse la guerra a sí mismo".



sino la historia de unos cuantos seres humanos sujetos a un poder contra el cual luchan, pero al que no pueden vencer. Jesús, que heredará las sandalias con las que su padre había pisado el polvo de los caminos de la tierra, también heredará de él el sentimiento trágico de la responsabilidad y de ella la culpa que nunca lo abandonará, incluso cuando levante la voz desde lo alto de la cruz: "Hombres, perdonadle, porque él no sabe lo que hizo", refiriéndose al Dios que lo llevó hasta allí, aunque quién sabe si recordando todavía, en esa última agonía, a su padre auténtico, aquel que en la carne y en la sangre, humanamente, lo engendró. Como se ve, el aprendiz ya había hecho un largo viaje cuando en el herético evangelio escribió las últimas palabras del diálogo en el templo entre Jesús y el escriba: "La culpa es un lobo que se come al hijo después de haber devorado al padre, dijo el escriba. Ese lobo de que hablas ya se ha comido a mi padre, dijo Jesús. Entonces sólo falta que te devore a ti. Y tú, en tu vida, fuiste comido o devorado. No sólo comido y devorado, también vomitado, respondió el escriba".

Si el emperador Carlomagno no hubiese establecido en el norte de Alemania un monasterio, si ese monasterio no hubiese dado origen a la ciudad de Münster, si Münster no hubiese querido celebrar los 1200 años de su fundación con una ópera sobre la pavorosa ópera que enfrentó en el siglo XVI a protestantes anabaptistas y católicos, el aprendiz no habría escrito la pieza de teatro que tituló *In nomine Dei*. Una vez más, sin otro auxilio que la pequeña luz de su razón, el aprendiz tuvo que penetrar en el oscuro laberinto de las creencias religiosas, esas que con tanta facilidad llevan a los seres humanos a matar y a dejarse matar. Y lo que vio fue nuevamente la máscara horrenda de la intolerancia, una intolerancia que en Münster alcanzó el paroxismo demencial, una intolerancia que insultaba la propia causa que ambas partes proclamaban defender. Porque no se trataba de una guerra en nombre de dos dioses enemigos sino de una guerra en nombre de un mismo dios.

Ciegos por sus propias creencias los anabaptistas y los católicos de Münster no fueron capaces de comprender la más clara de todas las evidencias: en el día del Juicio Final, cuando unos y otros se presenten a recibir el premio o el castigo que merecieron sus acciones en la tierra, Dios, si en sus decisiones se rige por algo parecido a la lógica humana, tendrá que recibir en el paraíso tanto a unos como a otros, por la simple razón de que unos y otros en Él creían. La terrible carnicería de Münster enseñó al aprendiz que, al contrario de lo que prometieron, las religiones nunca sirvieron para aproximar a los hombres y que la más absurda de todas las guerras es una guerra religiosa teniendo en consideración que Dios no puede, aunque lo quisiese, declararse la guerra a sí mismo. Ciegos. El aprendiz pensó "estamos ciegos", y se sentó a escribir el *Ensayo sobre la ceguera* para recordar a quien lo leyera que usamos perversamente la razón cuando humillamos la vida, que la dignidad del ser humano es insultada todos los días por los poderosos de nuestro mundo, que la mentira universal ocupó el lugar de las verdades plurales, que el hombre dejó de respetarse a sí mismo cuando perdió el respeto que debía a su semejante. Después el aprendiz, como si intentara exorcizar a los monstruos engendrados por la ceguera de la razón, se puso a escribir la más simple de todas las historias: una persona que busca a otra persona sólo porque ha comprendido que la vida no tiene nada más importante que pedir a un ser humano. El libro se llama *Todos los nombres*. No escritos, todos nuestros nombres están allí. Los nombres de los vivos y los nombres de los muertos. Termino. La voz que leyó estas páginas quiso ser el eco de las voces conjuntas de mis personajes. No tengo, pensándolo bien, más voz que la voz que ellos tuvieron. Perdóneseme si les pareció poco esto que para mí es todo.♣





NOTICIAS DEL MUNDO

Que el arte se anticipa a la demanda de los mercados (de arte) es una ley que ya nadie cuestiona y que las artes plásticas ponen de manifiesto todo el tiempo. Tomemos el cubismo como ejemplo: Picasso, Braque. Ellos pintan antes de que exista una demanda de "cubismo". Cuando esa demanda es una fiebre que arrasa la conciencia de los inversores, los precios de sus obras se disparan por las nubes (sobre todo, porque ya están muertos). ¿Qué recurso queda? Descubrir "nuevos" cubistas, otros cubistas. Albert Gleizes (1881-1953), es el último cubista y acaba de ponerse a la venta un *Catálogo razonado* de toda su obra, en dos volúmenes de 832 páginas y 2500 ilustraciones en color y blanco y negro. Gleizes escribió, en 1912, un tratado titulado *Del cubismo* que, dicen, no le hizo mucha gracia a Picasso.

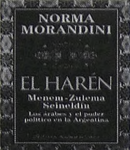
Si hay que hacer un regalo de Navidad, *el* regalo de Navidad es *Mickey superstar*, un álbum lujoso que festeja los sesenta años del famosísimo ratón creado por Walt Disney y Ub Iwerks en la década del veinte. Con documentos originales, croquis y story-boards desconocidos o poco frecuentados, esta historia ilustrada de uno de los mitos de nuestro siglo hará las delicias de los más exigentes paladares. La versión francesa lleva la firma de Pierre Lambert.

Life the Movie: Cómo el entretenimiento conquistó la realidad, escrito por Neal Gabler, es un divertido ensayo que traza la evolución de la cultura alta y la cultura popular americana a través del siglo XX y demuestra cómo se imbrican para dar en la industria del entretenimiento, la más persuasiva y poderosa fuerza de nuestro tiempo que, dice el autor "hace metástasis en la realidad". Análisis minucioso de la cultura popular americana, *Life the Movie* no reflexiona demasiado sobre cómo esa cultura se convierte, en nuestros días, en una cultura planetaria.

Al cuidado de Pascal Martin Saint Leon y editada por la prestigiosísima *Revue noire*, acaba de aparecer una *Antología de la fotografía africana y del océano Indico, siglos XIX y XX*. La hipótesis del libro es que, en algún sentido, la historia del Africa negra coincide con la historia de la fotografía.

Entre el 19 y el 28 de marzo próximo, Londres será la capital internacional de la literatura, durante el desarrollo de The Word, primera edición del Festival de Londres de Literatura. Han confirmado su presencia en este magno encuentro finisecular Margaret Atwood, Seamus Heaney, Joseph Heller, Doris Lessing, Derek Walcott, Wole Soyinka, Walter Mosley, Jan Morris, Gitta Sereny. Pero serán 66 los escritores presentes en diferentes escenarios: la ciencia ficción será celebrada en el Museo de la Ciencia, la literatura romántica en el municipio de Chelsea, etc. El director del Festival es Peter Florence.

VALIJAS ARABES



EL HARÉN
Norma Morandini
Sudamericana
Buenos Aires, 1998
256 págs., $ 15

por Gabriela Massuh

Si la identidad nacional se acuña en el imaginario popular a través del chiste "el argentino es un italiano que habla español y piensa en inglés", Norma Morandini se propuso rescatar a un gran ausente de esta definición: el inmigrante árabe. Parte de la base de que esa ausencia se debe a varios factores entre los que figuran el prejuicio, el bajo perfil de los árabes y su necesidad de adaptación a un país que, según la autora, no tenía previsto recibirlos (sin embargo, los descendientes de árabes en la Argentina son hoy más de tres millones).

Acaso la mayor virtud del estudio de Morandini sea, como lo confiesa ella misma, acercarse al hoy ríspido tema de los árabes en la Argentina "guiada sin reservas, sólo por la curiosidad y el respeto". Esto le permite crear, en ciertas zonas de su trabajo, un tono íntimo, literario y confesional acorde con los testimonios de sus entrevistados. Es allí cuando Morandini puede quebrar la simplificación, ir más allá del lugar común y ampliar la visión única estigmatizada en la opinión pública a través de un consenso negativo hacia el tema.

El "tema árabe" en general y el Islam en particular gozan desde hace por lo menos dos décadas y de manera creciente del grado más bajo de popularidad universal. Morandini lo sabe: "Para muchos, la demonización occidental del Islam equivale a la satanización del comunismo durante la Guerra Fría". Con lo cual admite que su trabajo es, por lo menos, un desafío. A caballo entre la pesquisa periodística, la investigación historiográfica y la indagación testimonial, el estudio de Morandini no termina por decidirse por ninguno de los tres géneros. De hecho, la estructura de su estudio obedece a la tripartición del título (¿impuesto por las exigencias de la editorial?) sin terminar de hallar un nexo genuino o una tensión común entre las partes.

Por un lado está la indagación testimonial, la que le da voz a los recuerdos de los hijos de inmigrantes y constituye la sección más conmovedora del libro. No sólo por el tono altamente confidencial de los testimonios, sino porque aquí la autora se revela como una interlocutora capaz de penetrar en los ámbitos más privados sin caer en el efectismo o en la utilización, dos recursos frecuentes en este tipo de indagatoria. Para completar sus aspiraciones de acercarnos a la comunidad árabe, Morandini tiene casi una deuda con los lectores: transformar en libro el caudal de testimonios que seguramente constituyen los sobrantes de su copioso material de investigación.

En segundo lugar está el trabajo específicamente historiográfico que, secundado por una abundante y actualizada bibliografía, pretende hallar un denominador común, una esencia caracterológica que englobe a todos los árabes por igual, sean o no argentinos. Como Max Weber con el protestantismo, Morandini se interna en el terreno espinoso de querer probar que la esencia que articula el rasgo peculiar o la idiosincrasia común a todos los árabes está en el Islam. Es así que se remonta hasta Mahoma para buscar en el Corán justificaciones de conductas que pretenden englobar a toda la comunidad árabe, sin distinción alguna, desde la aparición del profeta hasta hoy. Este afán de encontrar una respuesta totalizadora termina por descuidar los detalles y pergeña precisamente lo que quiere evitar: el estereotipo.

Porque más allá de que la materia en cuestión sea de por sí casi inabarcable, el caso de la inmigración árabe en la Argentina presenta matices muy diferentes: no es igual el árabe que llegó en los primeros años del siglo al

Utilísimo



LA BENDITA MANÍA DE CONTAR HISTORIAS
Gabriel García Márquez
y otros
Ollero & Ramos
Madrid, 1998
192 págs. $ 13

por Martín Schifino

Amigas, amigos, bienvenidos al taller de guión de Gabriel García Márquez, Gabo, vuestro anfitrión: "Empiezo por decirles que esto de los talleres se me ha convertido en un vicio. Yo lo único que he querido hacer en mi vida es contar historias. Pero nunca imaginé que fuera tan divertido contarlas colectivamente". Siéntanse como en casa. Siéntanse cómodos. Siéntanse bien. Así se han sentido los talleristas que originalmente participaron en esta edición: desde el obsecuente Guto ("Gané el premio de la Bienal de Córdoba ... El premio consiste en venir aquí, a pasar este taller con vos"), pasando por la dócil Elizabeth ("Me atengo al consejo de Gabo"), hasta la rememorativa Mónica ("Lo que usted contó el primer día sobre su mamá, Gabo, me recordó a mi propia familia"). Pero antes de empezar, acaso debiéramos aclarar cómo surgió y de qué se trata todo. A ver, Gabo: "Nuestras reflexiones y discusiones, que hemos tenido el cuidado de grabar, se transcribirán y serán publicadas. Muchos lectores podrán compartir entonces nuestras búsquedas y además nosotros mismos, gracias a la letra impresa, podremos seguir paso a paso el proceso creador con sus saltos repentinos o sus minúsculos avances y retrocesos".

Esa parece haber sido la idea, más o menos. El lector de *La bendita manía ...* no encontrará, en consecuencia, ni ensayos ni teorías acerca de cómo se cuenta un cuento, sino (proto) historias que los talleristas crearon colectivamente, aplicando el principio del *brain-storming* (la palabra, tan pulcramente *à la page*, es introducida por García Márquez, que hace unos años seguramente habría puesto *cadavre exquis*) a la construcción de un relato. Los resultado son diversos. Hay una historia política, una historia con moraleja y una historia fantástica; hay un *thriller*, un culebrón y una comedia. Todas comparten un inconfundible y buscado sabor sudamericano. Todas dan pie para que la voz del gran Gabo –estrepitosa, varonil– se eleve por sobre la de sus invitados. Porque en fin, no vaya a ser que pasemos por alto que el boliche, o el *talk show*, es el suyo. Gabo media: "Disculpa, Elizabeth, pero veo que Guto también tiene algo que contar. ¿Le cedes la palabra?"; Gabo pontifica: "Lo que la gente quiere es que le cuenten cosas de la gente, historias con las que uno se pueda identificar"; Gabo se hace el gracioso: "Podríamos hacer una versión porno de Caperucita Roja, por ejemplo: el lobo se disfraza de abuelita para echarse a Caperucita"; Gabo amonesta: "Hay que tratar de que los árboles no nos impidan ver el bosque"; Gabo se va –adrede– por las ramas: "Pero, a ver, ¿por dónde íbamos? ¿alguien puede decirme a qué venía todo esto?". El resto del tiempo cuenta anécdotas de su experiencia como escritor, lo que quizá conforme lo más interesante, o incluso lo más divertido, del libro.

Es evidente que las transcripciones han sido cuidadosamente "editadas". Así, cada capítulo, que corresponde a un día de trabajo en el taller, refleja una lección en cuanto al arte de contar historias. Subtítulos posibles: de cómo tratar los riesgos del personaje sin trama; los de la trama demasiado compleja; los del punto de vista; los de la cronología y demás yerbas. Si vamos a ser sinceros, hay que admitir que algo se enseñay se aprende. Pero la impresión general es que García Márquez, que está .al igual que el Vargas Llosa de *Cartas a un novelista*-. un poco viejo, un poco cansado, no tiene ganas de ponerse a escribir un ensayo como Dios manda. Bah, ni falta que hace. Tratándose de semejante autor, este género alternativo que podríamos denominar "la charla retocada" debe de resultar tan redituable como el más concienzudo e intelectual de los sondeos de la escritura. Pero entonces, ¿con qué se queda un lector de *La bendita manía de contar historias*? Con una interesante charla cuyo protagonista es Senel Paz, el director de *Fresa y Chocolate*; con líneas argumentales que recuerdan la colección "Elige tu propia aventura"; con un anfitrión que tiene algo de Patricia Miccio, otro poco de Peter Druker y mucho del Patriarca de los Pájaros. También se queda, supongo, con las ganas. Esas ganas –que a García Márquez le faltan– de una discusión a la altura de la materia.♣





NOTICIAS DEL MUNDO

Que el arte se anticipa a la demanda de los mercados (de arte) es una ley que ya nadie cuestiona y que las artes plásticas ponen de manifiesto todo el tiempo. Tomemos el cubismo como ejemplo: Picasso, Braque. Ellos pintan antes de que exista una demanda de "cubismo". Cuando esa demanda es una fiebre que arrasa la conciencia de los inversores, los precios de sus obras se disparan por las nubes (sobre todo, porque ya están muertos). ¿Qué recurso queda? Descubrir "nuevos" cubistas, otros cubistas. Albert Gleizes (1881-1953), es el último cubista y acaba de ponerse a la venta un *Catálogo razonado* de toda su obra, en dos volúmenes de 832 páginas y 2500 ilustraciones en color y blanco y negro. Gleizes escribió, en 1912, un tratado titulado *Del cubismo* que, dicen, no le hizo mucha gracia a Picasso.

Si hay que hacer un regalo de Navidad, *el* regalo de Navidad es *Mickey superstar*, un álbum lujoso que festeja los sesenta años del famosísimo ratón creado por Walt Disney y Ub Iwerks en la década del veinte. Con documentos originales, croquis y story-boards desconocidos o poco frecuentados, esta historia ilustrada de uno de los mitos de nuestro siglo hará las delicias de los más exigentes paladares. La versión francesa lleva la firma de Pierre Lambert.

Life the Movie: Cómo el entretenimiento conquistó la realidad, escrito por Neal Gabler, es un divertido ensayo que traza la evolución de la cultura alta y la cultura popular americana a través del siglo XX y demuestra cómo se imbrican para dar en la industria del entretenimiento, la más persuasiva y poderosa fuerza de nuestro tiempo que, dice el autor "hace metástasis en la realidad". Análisis minucioso de la cultura popular americana, *Life the Movie* no reflexiona demasiado sobre cómo esa cultura se convierte, en nuestros días, en una cultura planetaria.

Al cuidado de Pascal Martin Saint Leon y editada por la prestigiosísima *Revue noire*, acaba de aparecer una *Antología de la fotografía africana y del océano Indico, siglos XIX y XX*. La hipótesis del libro es que, en algún sentido, la historia del Africa negra coincide con la historia de la fotografía.

Entre el 19 y el 28 de marzo próximo, Londres será la capital internacional de la literatura, durante el desarrollo de The Word, primera edición del Festival de Londres de Literatura. Han confirmado su presencia en este magno encuentro finisecular Margaret Atwood, Seamus Heaney, Joseph Heller, Doris Lessing, Derek Walcott, Wole Soyinka, Walter Mosley, Jan Morris, Gitta Sereny. Pero serán 66 los escritores presentes en diferentes escenarios: la ciencia ficción será celebrada en el Museo de la Ciencia, la literatura romántica en el municipio de Chelsea, etc. El director del Festival es Peter Florence.

VALIJAS ARABES

EL HARÉN
Norma Morandini
Sudamericana
Buenos Aires, 1998
256 págs., $ 15

por Gabriela Massuh

Si la identidad nacional se acuña en el imaginario popular a través del chiste "el argentino es un italiano que habla español y piensa en inglés", Norma Morandini se propuso rescatar a un gran ausente de esta definición: el inmigrante árabe. Parte de la base de que esa ausencia se debe a varios factores entre los que figuran el prejuicio, el bajo perfil de los árabes y su necesidad de adaptación a un país que, según la autora, no tenía previsto recibirlos (sin embargo, los descendientes de árabes en la Argentina son hoy más de tres millones).

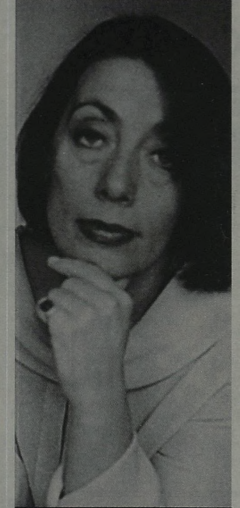
Acaso la mayor virtud del estudio de Morandini sea, como lo confiesa ella misma, acercarse al hoy ríspido tema de los árabes en la Argentina "guiada sin reservas, sólo por la curiosidad y el respeto". Esto le permite crear, en ciertas zonas de su trabajo, un tono íntimo, literario y confesional acorde con los testimonios de sus entrevistados. Es allí cuando Morandini puede quebrar la simplificación, ir más allá del lugar común y ampliar la visión única estigmatizada en la opinión pública a través de un consenso negativo hacia el tema.

El "tema árabe" en general y el Islam en particular gozan desde hace por lo menos dos décadas y de manera creciente del grado más bajo de popularidad universal. Morandini lo sabe: "Para muchos, la demonización occidental del Islam equivale a la satanización del comunismo durante la Guerra Fría". Con lo cual admite que su trabajo es, por lo menos, un desafío. A caballo entre la pesquisa periodística, la investigación historiográfica y la indagación testimonial, el estudio de Morandini no termina por decidirse por ninguno de los tres géneros. De hecho, la estructura de su estudio obedece a la tripartición del título (¿impuesto por las exigencias de la editorial?) sin terminar de hallar un nexo genuino o una tensión común entre las partes.

Por un lado está la indagación testimonial, la que le da voz a los recuerdos de los hijos de inmigrantes y constituye la sección más conmovedora del libro. No sólo por el tono altamente confidencial de los testimonios, sino porque aquí la autora se revela como una interlocutora capaz de penetrar en los ámbitos más privados sin caer en el efectismo o en la utilización, dos recursos frecuentes en este tipo de indagatoria. Para completar sus aspiraciones de acercarnos a la comunidad árabe, Morandini tiene casi una deuda con los lectores: transformar en libro el caudal de testimonios que seguramente constituyen los sobrantes de su copioso material de investigación.

En segundo lugar está el trabajo específicamente historiográfico que, secundado por una abundante y actualizada bibliografía, pretende hallar un denominador común, una esencia caracterológica que englobe a todos los árabes por igual, sean o no argentinos. Como Max Weber con el protestantismo, Morandini se interna en el terreno espinoso de querer probar que la esencia que articula el rasgo peculiar o la idiosincrasia común a todos los árabes está en el Islam. Es así que se remonta hasta Mahoma para buscar en el Corán justificaciones de conductas que pretenden englobar a toda la comunidad árabe, sin distinción alguna, desde la aparición del profeta hasta hoy. Este afán de encontrar una respuesta totalizadora termina por descuidar los detalles y pergeña precisamente lo que quiere evitar: el estereotipo.

Porque más allá de que la materia en cuestión sea de por sí casi inabarcable, el caso de la inmigración árabe en la Argentina presenta matices muy diferentes: no es igual el árabe que llegó en los primeros años del siglo al que los hizo en lo años treinta o cuarenta; no es igual la inmigración musulmana a la cristiana, y, dentro de la cristiana, no es lo mismo hablar de un maronita, un protestante o un ortodoxo. Desde el punto de vista historiográfico hay otro dato que falta: el contexto político y social de cada conglomerado inmigratorio en su país de origen. Se sabe que, en general, las causas que movieron a la inmigración fueron la pobreza, pero en muchos casos, esa pobreza estaba ligada a la discriminación religiosa o política. Sobre todo en el caso de los árabes cristianos, que en nuestro país son mayoría.


NORMA MORANDINI ES UNA INTERLOCUTORA CAPAZ DE PENETRAR EN LOS ÁMBITOS MÁS PRIVADOS SIN CAER EN EL EFECTISMO O EN LA UTILIZACIÓN

De esta omisión no es culpable la autora, sino la descomunal indiferencia con la que, en general, Occidente reacciona ante la historia reciente de los países árabes condenándolos al ostracismo provocado por el cómodo dictamen de que todos son fundamentalistas. Salvo los trabajos de Edward Said, que rozan el tema de manera lateral, no existe en lengua española bibliografía conocida acerca de los diferentes contextos históricos, sociales y políticos de las grandes convulsiones que sufrieron los pueblos del Medio Oriente durante el proceso que va desde el retiro del Imperio Otomano hasta la constitución de los diferentes estados nacionales pasando por la repartija franco-británica de los territorios coloniales y la aparición contundente de Estados Unidos en la región a través de la creación del Estado de Israel. La impresionante oleada de inmigración árabe en nuestro país es consecuencia directa de esta serie de convulsiones políticas a las que cada comunidad, según su origen social, político y religioso, respondió de manera diferente aun cuando el país que los recibía, que no ofrecía un plan de transculturalización determinado, los obligara a homogeneizarse de manera más o menos azarosa.

La adaptabilidad del árabe a las costumbres argentinas, la rápida pérdida del idioma familiar de una generación a otra, su identificación con el gaucho y las tradiciones de nuestros pueblos del interior, su actitud más o menos lábil ante la ley no son características determinadas por el Corán. Son respuestas socioculturales a un determinado contexto. Casi más que cualquier otro, este inmigrante vino para "callar y olvidar", como dice el adagio, no sólo porque era pobre, sino porque se sentía (o lo hicieron sentir) perteneciente a una cultura sin prestigio.

Por último, están los largos capítulos dedicados al matrimonio Menem y al coronel Seineldín. Es casi paradójico que, viniendo de una periodista, la parte más endeble del estudio sea ésta: porque los personajes en cuestión hablan desde el estigma que les confirió su lugar público, de manera que sus reflexiones privadas no son nada más que la consolidación de lo que ya se sabe, se sospecha o se ignora. El anecdotario de la familia presidencial y las declaraciones de un militar iluminado por bizarras nociones de heroísmo y patriotismo apenas difieren del inútil cotilleo con el que a diario nos agobian los medios. Harían bien de formar parte de otro contexto porque opacan el enorme esfuerzo que hay detrás de la investigación que dio origen a este libro.♣

Utilísimo

LA BENDITA MANÍA DE CONTAR HISTORIAS
Gabriel García Márquez
y otros
Ollero & Ramos
Madrid, 1998
192 págs. $ 13

por Martín Schifino

Amigas, amigos, bienvenidos al taller de guión de Gabriel García Márquez, Gabo, vuestro anfitrión: "Empiezo por decirles que esto de los talleres se me ha convertido en un vicio. Yo lo único que he querido hacer en mi vida es contar historias. Pero nunca imaginé que fuera tan divertido contarlas colectivamente". Siéntanse como en casa. Siéntanse cómodos. Siéntanse bien. Así se han sentido los talleristas que originalmente participaron en esta edición: desde el obsecuente Guto ("Gané el premio de la Bienal de Córdoba ... El premio consiste en venir aquí, a pasar este taller con vos"), pasando por la dócil Elizabeth ("Me atengo al consejo de Gabo"), hasta la rememorativa Mónica ("Lo que usted contó el primer día sobre su mamá, Gabo, me recordó a mi propia familia"). Pero antes de empezar, acaso debiéramos aclarar cómo surgió y de qué se trata todo. A ver, Gabo: "Nuestras reflexiones y discusiones, que hemos tenido el cuidado de grabar, se transcribirán y serán publicadas. Muchos lectores podrán compartir entonces nuestras búsquedas y además nosotros mismos, gracias a la letra impresa, podremos seguir paso a paso el proceso creador con sus saltos repentinos o sus minúsculos avances y retrocesos".

Esa parece haber sido la idea, más o menos. El lector de *La bendita manía* ... no encontrará, en consecuencia, ni ensayos ni teorías acerca de cómo se cuenta un cuento, sino (proto) historias que los talleristas crearon colectivamente, aplicando el principio del *brain-storming* (la palabra, tan pulcramente *à la page*, es introducida por García Márquez, que hace unos años seguramente habría puesto *cadavre exquis*) a la construcción de un relato. Los resultado son diversos. Hay una historia política, una historia con moraleja y una historia fantástica; hay un *thriller*, un culebrón y una comedia. Todas comparten un inconfundible y buscado sabor sudamericano. Todas dan pie para que la voz del gran Gabo –estrepitosa, varonil– se eleve por sobre la de sus invitados. Porque en fin, no vaya a ser que pasemos por alto que el boliche, o el *talk show*, es el suyo. Gabo media: "Disculpa, Elizabeth, pero veo que Guto también tiene algo que contar. ¿Le cedes la palabra?"; Gabo pontifica: "Lo que la gente quiere es que le cuenten cosas de la gente, historias con las que uno se pueda identificar"; Gabo se hace el gracioso: "Podríamos hacer una versión porno de Caperucita Roja, por ejemplo: el lobo se disfraza de abuelita para echarse a Caperucita"; Gabo amonesta: "Hay que tratar de que los árboles no nos impidan ver el bosque"; Gabo se va –adrede– por las ramas: "Pero, a ver, ¿por dónde íbamos? ¿alguien puede decirme a qué venía todo esto?". El resto del tiempo cuenta anécdotas de su experiencia como escritor, lo que quizá conforme lo más interesante, o incluso lo más divertido, del libro.

Es evidente que las transcripciones han sido cuidadosamente "editadas". Así, cada capítulo, que corresponde a un día de trabajo en el taller, refleja una lección en cuanto al arte de contar historias. Subtítulos posibles: de cómo tratar los riesgos del personaje sin trama; los de la trama demasiado compleja; los del punto de vista; los de la cronología y demás yerbas. Si vamos a ser sinceros, hay que admitir que algo se enseñay se aprende. Pero la impresión general es que García Márquez, que está .al igual que el Vargas Llosa de *Cartas a un novelista*-. un poco viejo, un poco cansado, no tiene ganas de ponerse a escribir un ensayo como Dios manda. Bah, ni falta que hace. Tratándose de semejante autor, este género alternativo que podríamos denominar "la charla retocada" debe de resultar tan redituable como el más concienzudo e intelectual de los sondeos de la escritura. Pero entonces, ¿con qué se queda un lector de *La bendita manía de contar historias*? Con una interesante charla cuyo protagonista es Senel Paz, el director de *Fresa y Chocolate*, con líneas argumentales que recuerdan la colección "Elige tu propia aventura"; con un anfitrión que tiene algo de Patricia Miccio, otro poco de Peter Druker y mucho del Patriarca de los Pájaros. También se queda, supongo, con las ganas. Esas ganas –que a García Márquez le faltan– de una discusión a la altura de la materia.♣

POLÉMICA

Los unos y los otros

Todos los domingos, RADAR LIBROS *publica el listado de libros más vendidos que, para evitar suspicacias, se realiza de acuerdo con los datos que suministran diferentes librerías (de Buenos Aires y del interior), rotativamente. Es sabido que las editoriales no suministran datos ciertos de ventas, con lo cual sólo se puede confiar en la información que envían los libreros quienes, además, exponen las razones por las cuales esos libros (y no otros) aparecen en el ranking. Ediciones Colihue envió una carta de protesta por la información vertida en la última edición de* RADAR LIBROS. *Librerías Yenny, responsable del listado, explica las razones de su ranking.*

Buenos Aires, diciembre 14 de 1998

Señor Juan Forn

De mi consideración:

En la edición de ayer domingo del suplemento que usted dirige se publicó, como es habitual, la encuesta a "boca de urna", en esta oportunidad basada, según se afirma, en información proporcionada por Librerías Yenny.

En los diez puestos que ocupan las obras de ficción de más venta no figura *Lo que me costó el amor de Laura*, de Alejandro Dolina (editorial La Querencia, que distribuye en exclusiva Ediciones Colihue). En los diez puestos que ocupan las obras de no ficción de más venta, no figura *Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el Proceso*, de Eduardo Blaustein y Martín Zubieta, publicada por nuestra editorial.

La información así presentada a los lectores no responde a la realidad, pues ambos libros están en la gran mayoría de las librerías entre los tres de mayor venta en la última quincena; en el caso de Dolina, seguro ocupa el primer lugar. Sorprende la información de la cadena Yenny, pues por problemas de sistema carecía de datos –inclusive para las compras– la semana pasada. Sí le puedo asegurar que los dos libros mencionados estaban agotados en la mayoría de las librerías de ese grupo, y que tuvieron una reposición muy importante en la mañana de hoy. De todas maneras, si le sirve de consuelo, le informo que tanto *Clarín* como *La Nación* repiten el "error".

A veces estamos tentados de pedirles que, como *sobrevivientes* de lo que fue en alguna época la industria editorial argentina, nos den un tratamiento especial. Nunca nos atrevimos a pedírselo ni a Ud. ni a sus colegas. Lo que sí nos animamos a solicitarles es que el tratamiento no sea *especial, en contra*: el día que estamos en los primeros puestos de ventas –y ya que son tan pocas las veces que accedemos a esos lugares– *no nos bombeen*. El ruego lo extendemos a los libreros que informan sobre el "ranking".

Sin otro particular, lo saluda atentamente

Aurelio Narvaja
Ediciones Colihue S.R.L.
Director Gerente

Buenos Aires, 15 de diciembre de 1998

Señor Juan Forn

De mi consideración:

Librerías Yenny está mudando sus depósitos y oficinas porque –como es de público conocimiento– ahora debe abastecer a 21 sucursales (Yenny y El Ateneo). La semana pasada, cuando comenzamos la mudanza, dejamos de reponer a las sucursales hasta el lunes pasado; si a eso sumamos el hecho –reconocido por Narvaja– de que habíamos vendido muchos ejemplares del libro que distribuye Colihue, es lógico entender que la semana pasada no hubiera suficientes ejemplares de *Lo que me costó el amor de Laura* de Alejandro Dolina como para que éste figurara en la lista de libros más vendidos. En la lista de esta semana, el libro aparece en los tres primeros puestos en todas las sucursales.

Atentamente

Ernesto Skidelsky
Librerías Yenny
Gerente de Marketing



DEME DOS

Para esta Navidad, nada como pasar por una librería de usados para que el presupuesto alcance. Por eso, esta vez y para toda la familia, Librería de las Luces, Avenida de Mayo 979. Empezando con los chicos muy chicos, que ni siquiera saben leer, hay por tres pesos unos libritos del tamaño de un compact, de tapa y hojas duras, sólo con dibujos, para que puedan morderlos, babearlos o revolearlos. Los que son un poco más grandes pueden atacar la colección Robin Hood que, en una promoción de tres por diez, ofrece títulos tradicionales como *La flecha negra* de Robert Louis Stevenson, *Los misterios de la jungla negra* de Emilio Salgari y *Ocho primos* de Louisa M. Alcott, o la trilogía de fantasía de Eleanor Cameron: *Mr. Bass y el tiempo, Un misterio para Mr. Bass* y *El asteroide de Tyco Bass*. También, títulos varios de *Elige tu propia aventura* por 7,90; o *El reino del revés, Los tres morrongos* y *Tutú Marambá* de María Elena Walsh en tapa dura y por cinco pesos.

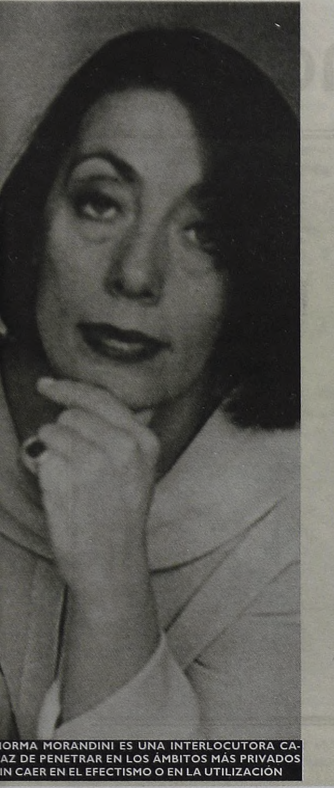
Para los jóvenes, pueden resultar atractivos algunos de los libros de la colección *Crónica 100x100* (1 peso): *El corazón de las tinieblas* de Joseph Conrad o *Cuentos de intriga y terror* de Edgar Allan Poe, entre otros títulos. O los libros de Simenon de la serie del detective Maigret, como *El puerto de las brumas, Entre los flamencos, Liberty bar* y *El ahorcado de la iglesia*, por sólo tres pesos. Y si hay, en algún lugar de la mesa navideña, un adolescente fanático de las historias de ciencia ficción va a quedar más que satisfecho con las revistas *El péndulo*, que publicaba hace varios años la Editorial De la Urraca, y que se venden aquí por dos pesos cada una.

Para alguna tía romántica nada mejor que esas novelas con ilustraciones épicas en la portada como *Noche de sombras* y *Noche de tormenta* de Catherine Coulter, *Todo por amor* de Pat Sooth, *Socios y amantes* de Jayne Ann Krentz y *Acuérdate de mí* y *No puedo olvidar tu rostro* de Mary Higgins Clark (cinco pesos). Y para tíos y padres poco lectores, *El caos Omega* y *Trece en Zurich* de Robert Ludlum por cinco. Las amas de casa hacendosas, estarán de parabienes con *Cocina Light* y *La buena cocina, paso a paso*, por tres pesos cada uno, o la colección *Cómo prevenir y remediar* que presenta *Resfriados y gripes, Ulceras* y *Dolores de cabezas y migrañas*, por cinco.

En el caso de lectores cultivados, *El mundo según Garp* de John Irving por cinco pesos, o *Cuento de hadas en Nueva York* de J. P. Donleavy por tres, resultarán ideales. O, por qué no, de la colección *Obras maestras del pensamiento contemporáneo* y por cinco pesos, se puede regalar *El lenguaje y el entendimiento* de Noam Chomsky o *El hombre unidimensional* de Herbert Marcuse. Si el agasajado es un fiel seguidor de la literatura nacional, por tres pesos, pueden hallarse títulos como *Las ratas* de José Bianco, *Ejércitos imaginarios* de Fogwill o *Nada que perder* de Andrés Rivera.

Para familiares y amigos complicados, habrá que ir con tiempo: en las mesas también hay libros de poesía, teatro, cine, historia argentina, lingüística, antropología, astrología y ocultismo.

Pablo Mendívil



ORMA MORANDINI ES UNA INTERLOCUTORA CA-
AZ DE PENETRAR EN LOS ÁMBITOS MÁS PRIVADOS
IN CAER EN EL EFECTISMO O EN LA UTILIZACIÓN

que los hizo en lo años treinta o cuarenta; no es igual la inmigración musulmana a la cristiana, y, dentro de la cristiana, no es lo mismo hablar de un maronita, un protestante o un ortodoxo. Desde el punto de vista historiográfico hay otro dato que falta: el contexto político y social de cada conglomerado inmigratorio en su país de origen. Se sabe que, en general, las causas que movieron a la inmigración fueron la pobreza, pero en muchos casos, esa pobreza estaba ligada a la discriminación religiosa o política. Sobre todo en el caso de los árabes cristianos, que en nuestro país son mayoría.

De esta omisión no es culpable la autora, sino la descomunal indiferencia con la que, en general, Occidente reacciona ante la historia reciente de los países árabes condenándolos al ostracismo provocado por el cómodo dictamen de que todos son fundamentalistas. Salvo los trabajos de Edward Said, que rozan el tema de manera lateral, no existe en lengua española bibliografía conocida acerca de los diferentes contextos históricos, sociales y políticos de las grandes convulsiones que sufrieron los pueblos del Medio Oriente durante el proceso que va desde el retiro del Imperio Otomano hasta la constitución de los diferentes estados nacionales pasando por la repartija franco-británica de los territorios coloniales y la aparición contundente de Estados Unidos en la región a través de la creación del Estado de Israel. La impresionante oleada de inmigración árabe en nuestro país es consecuencia directa de esta serie de convulsiones políticas a las que cada comunidad, según su origen social, político y religioso, respondió de manera diferente aun cuando el país que los recibía, que no ofrecía un plan de transculturalización determinado, los obligara a homogeneizarse de manera más o menos azarosa.

La adaptabilidad del árabe a las costumbres argentinas, la rápida pérdida del idioma familiar de una generación a otra, su identificación con el gaucho y las tradiciones de nuestros pueblos del interior, su actitud más o menos lábil ante la ley no son características determinadas por el Corán. Son respuestas socioculturales a un determinado contexto. Casi más que cualquier otro, este inmigrante vino para "callar y olvidar", como dice el adagio, no sólo porque era pobre, sino porque se sentía (o lo hicieron sentir) perteneciente a una cultura sin prestigio.

Por último, están los largos capítulos dedicados al matrimonio Menem y al coronel Seineldín. Es casi paradójico que, viniendo de una periodista, la parte más endeble del estudio sea ésta: porque los personajes en cuestión hablan desde el estigma que les confirió su lugar público, de manera que sus reflexiones privadas no son nada más que la consolidación de lo que ya se sabe, se sospecha o se ignora. El anecdotario de la familia presidencial y las declaraciones de un militar iluminado por bizarras nociones de heroísmo y patriotismo apenas difieren del inútil cotilleo con el que a diario nos agobian los medios. Harían bien de formar parte de otro contexto porque opacan el enorme esfuerzo que hay detrás de la investigación que dio origen a este libro.♣

POLÉMICA

Los unos y los otros

Todos los domingos, RADAR LIBROS *publica el listado de libros más vendidos que, para evitar suspicacias, se realiza de acuerdo con los datos que suministran diferentes librerías (de Buenos Aires y del interior), rotativamente. Es sabido que las editoriales no suministran datos ciertos de ventas, con lo cual sólo se puede confiar en la información que envían los libreros quienes, además, exponen las razones por las cuales esos libros (y no otros) aparecen en el ranking. Ediciones Colihue envió una carta de protesta por la información vertida en la última edición de* RADAR LIBROS. *Librerías Yenny, responsable del listado, explica las razones de su ranking.*

Buenos Aires, diciembre 14 de 1998

Señor Juan Forn

De mi consideración:

En la edición de ayer domingo del suplemento que usted dirige se publicó, como es habitual, la encuesta a "boca de urna", en esta oportunidad basada, según se afirma, en información proporcionada por Librerías Yenny.

En los diez puestos que ocupan las obras de ficción de más venta no figura *Lo que me costó el amor de Laura*, de Alejandro Dolina (editorial La Querencia, que distribuye en exclusiva Ediciones Colihue). En los diez puestos que ocupan las obras de no ficción de más venta, no figura *Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el Proceso*, de Eduardo Blaustein y Martín Zubieta, publicada por nuestra editorial.

La información así presentada a los lectores no responde a la realidad, pues ambos libros están en la gran mayoría de las librerías entre los tres de mayor venta en la última quincena; en el caso de Dolina, seguro ocupa el primer lugar. Sorprende la información de la cadena Yenny, pues por problemas de sistema carecía de datos –inclusive para las compras– la semana pasada. Sí le puedo asegurar que los dos libros mencionados estaban agotados en la mayoría de las librerías de ese grupo, y que tuvieron una reposición muy importante en la mañana de hoy. De todas maneras, si le sirve de consuelo, le informo que tanto *Clarín* como *La Nación* repiten el "error".

A veces estamos tentados de pedirles que, como *sobrevivientes* de lo que fue en alguna época la industria editorial argentina, nos den un tratamiento especial. Nunca nos atrevimos a pedírselo ni a Ud. ni a sus colegas. Lo que sí nos animamos a solicitarles es que el tratamiento no sea *especial, en contra*: el día que estamos en los primeros puestos de ventas –y ya que son tan pocas las veces que accedemos a esos lugares– *no nos bombeen*. El ruego lo extendemos a los libreros que informan sobre el "ranking".

Sin otro particular, lo saluda atentamente

Aurelio Narvaja
Ediciones Colihue S.R.L.
Director Gerente

Buenos Aires, 15 de diciembre de 1998

Señor Juan Forn

De mi consideración:

Librerías Yenny está mudando sus depósitos y oficinas porque –como es de público conocimiento– ahora debe abastecer a 21 sucursales (Yenny y El Ateneo). La semana pasada, cuando comenzamos la mudanza, dejamos de reponer a las sucursales hasta el lunes pasado; si a eso sumamos el hecho –reconocido por Narvaja– de que habíamos vendido muchos ejemplares del libro que distribuye Colihue, es lógico entender que la semana pasada no hubiera suficientes ejemplares de *Lo que me costó el amor de Laura* de Alejandro Dolina como para que éste figurara en la lista de libros más vendidos. En la lista de esta semana, el libro aparece en los tres primeros puestos en todas las sucursales.

Atentamente

Ernesto Skidelsky
Librerías Yenny
Gerente de Marketing



DEME DOS

Para esta Navidad, nada como pasar por una librería de usados para que el presupuesto alcance. Por eso, esta vez y para toda la familia, Librería de las Luces, Avenida de Mayo 979. Empezando con los chicos muy chicos, que ni siquiera saben leer, hay por tres pesos unos libritos del tamaño de un compact, de tapa y hojas duras, sólo con dibujos, para que puedan morderlos, babearlos o revolearlos. Los que son un poco más grandes pueden atacar la colección Robin Hood que, en una promoción de tres por diez, ofrece títulos tradicionales como *La flecha negra* de Robert Louis Stevenson, *Los misterios de la jungla negra* de Emilio Salgari y *Ocho primos* de Louisa M. Alcott, o la trilogía de fantasía de Eleanor Cameron: *Mr. Bass y el tiempo*, *Un misterio para Mr. Bass* y *El asteroide de Tyco Bass*. También, títulos varios de *Elige tu propia aventura* por 7,90; o *El reino del revés*, *Los tres morrongos* y *Tutú Marambá* de María Elena Walsh en tapa dura y por cinco pesos.

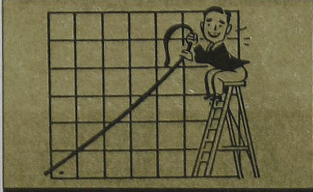
Para los jóvenes, pueden resultar atractivos algunos de los libros de la colección *Crónica 100x100* (1 peso): *El corazón de las tinieblas* de Joseph Conrad o *Cuentos de intriga y terror* de Edgar Allan Poe, entre otros títulos. O los libros de Simenon de la serie del detective Maigret, como *El puerto de las brumas*, *Entre los flamencos*, *Liberty bar* y *El ahorcado de la iglesia*, por sólo tres pesos. Y si hay, en algún lugar de la mesa navideña, un adolescente fanático de las historias de ciencia ficción va a quedar más que satisfecho con las revistas *El péndulo*, que publicaba hace varios años la Editorial De la Urraca, y que se venden aquí por dos pesos cada una.

Para alguna tía romántica nada mejor que esas novelas con ilustraciones épicas en la portada como *Noche de sombras* y *Noche de tormenta* de Catherine Coulter, *Todo por amor* de Pat Sooth, *Socios y amantes* de Jayne Ann Krentz y *Acuérdate de mí* y *No puedo olvidar tu rostro* de Mary Higgins Clark (cinco pesos). Y para tíos y padres poco lectores, *El caos Omega* y *Trece en Zurich* de Robert Ludlum por cinco. Las amas de casa hacendosas, estarán de parabienes con *Cocina Light* y *La buena cocina, paso a paso*, por tres pesos cada uno, o la colección *Cómo prevenir y remediar* que presenta *Resfriados y gripes*, *Úlceras y Dolores de cabezas y migrañas*, por cinco.

En el caso de lectores cultivados, *El mundo según Garp* de John Irving por cinco pesos, o *Cuento de hadas en Nueva York* de J. P. Donleavy por tres, resultarán ideales. O, por qué no, de la colección *Obras maestras del pensamiento contemporáneo* y por cinco pesos, se puede regalar *El lenguaje y el entendimiento* de Noam Chomsky o *El hombre unidimensional* de Herbert Marcuse. Si el agasajado es un fiel seguidor de la literatura nacional, por tres pesos, pueden hallarse títulos como *Las ratas* de José Bianco, *Ejércitos imaginarios* de Fogwill o *Nada que perder* de Andrés Rivera.

Para familiares y amigos complicados, habrá que ir con tiempo: en las mesas también hay libros de poesía, teatro, cine, historia argentina, lingüística, antropología, astrología y ocultismo.

Pablo Mendivil



BOCA DE URNA

Los libros más vendidos esta semana en Rayuela Libros, de La Plata.

Ficción

1. Lo que me costó el amor de Laura
Alejandro Dolina (Querencia, $ 28)

2. El alquimista
Paulo Coelho (Planeta, $ 14)

3. La identidad
Milan Kundera (Tusquets, $ 15)

4. Virgen
Gabriel Bañez (Sudamericana, $ 15)

5. El anatomista
Federico Andahazi (Planeta, $ 17)

6. Recuentos para Demián
Jorge Bucay (Nuevo Extremo, $ 16)

7. El evangelio según Jesucristo
José Saramago (Alfaguara, $ 19)

8. Para que no me olvides
Marcela Serrano (Alfaguara, $ 15)

9. Ensayo sobre la ceguera
José Saramago (Alfaguara, $ 17)

10. Afrodita
Isabel Allende (Plaza & Janés, $ 25)

No ficción

1. La sangre derramada
José Pablo Feinmann (Ariel, $ 19)

2. ¿En qué creen los que no creen?
Umberto Eco - Carlos Martini (Planeta, $ 15)

3. El águila guerrera
Pacho O'Donnell (Sudamericana, $ 14)

4. La historia oculta de la ciudad de La Plata
Gualberto Reynal (del autor, $ 15)

5. Homo videns, la sociedad teledirigida
Giovanni Sartori (Taurus, $ 14)

6. Elogio de la curiosidad
Mario Bunge (Planeta, $ 17)

7. Boca, el libro
AA. VV. (Planeta / Manrique Zago, $ 39)

8. La voluntad III
Eduardo Anguita - Martín Caparrós (Norma, $ 25)

9. El mundo iluminado
Angeles Mastretta (Seix Barral, $ 16)

10. Historia del siglo XX
Eric Hobsbawm (Crítica, $ 20)

¿Por qué se venden estos libros?
"Este mes se incorporó un género atípico con la esperada opereta de Alejandro Dolina", dice Raúl Gómez de *Rayuela Libros* de La Plata. "Aún se manifiestan en las ventas los ecos del Premio Nobel de Literatura del año, José Saramago, y del campeonato ganado por Boca".

Una familia muy normal



LOS HERMANOS BRONTË
Lydia Pinkus
Norma
Buenos Aires, 1998
242 páginas, $ 18

por Dolores Graña

No debe haber demasiados ejemplos similares en la historia de la literatura: cuatro hermanos escritores de un total de cuatro hermanos, tres de los cuales –y en diferente medida– influyeron considerablemente en la literatura del siglo XIX. Y no es porque esos tres hermanos fueran mujeres. Emily, Charlotte y Anne eran escritores de mucho talento. O escritoras, si se prefiere.

Es cierto también que las vidas de estos hermanos, enclaustrados casi permanentemente en la rectoría de Haworth bajo la atenta mirada de su padre Patrick, parecen agregar una cuota importante de asombro a la creación de sus novelas. Algo como esto: ¿cómo hace una persona para escribir sobre el mundo exterior cuando jamás ha salido de su propia mente? Bueno, Lydia Pinkus intenta explicarlo a través de múltiples caminos: la psicología, la ficción, la biografía, las artes adivinatorias, las conjeturas y mucho más. Todo comienza en la casa paterna, cuando los pequeños Brontë dedican sus horas a la fantástica Glass Town, lugar imaginario en donde transcurren las sangrientas epopeyas de Branwell (fascinado con Napoléon) y Charlotte (bajo el alias del Duque de Wellington), mientras Emily y Anne reinventan a Parry y Ross, dos exploradores del Artico muy en boga por 1826. Después de una serie de narraciones en las que se contestaban unos a otros por los asesinatos y desventuras que infligian a sus personajes, abandonarían estos juegos para continuar con sus propias novelas.

Pero lo más importante para Pinkus, la raíz desde la que se puede trazar todos y cada uno de los rasgos (literarios y de los otros) de los cuatro hermanos es María, la madre muerta. La falta de afecto es entonces la razón por la cual ninguno de los Brontë pudo sobrevivir: Branwell muere alcohólico luego de una vida dedicada a fallar en su destino de grandeza, Emily se encierra en sí misma y muere de tuberculosis contagiada por su hermano, Anne perece también sin llamar la atención y Charlotte (obvio) muere embarazada a la misma edad que su madre, habiendo enterrado a toda su familia. Y por el medio, los amores fracasados, los desengaños, el detestable trabajo de institutriz por el que pasaron las tres hermanas, la falta de dinero, el aislamiento.

El trabajo de investigación de Pinkus es muy extensivo, sobre todo en el comienzo del libro, dedicado a los cuantiosos volúmenes infantiles de los hermanos, de donde extrae el germen de lo que serán luego las características de sus obras maduras. Pero, en ocasiones, la psicología no la lleva demasiado lejos y todo se transforma en una cuestión de fe en su propio razonamiento. Y es así que aparecen párrafos como éste, sobre Emily: "Hay quien ha designado su conducta como anoréxica. Y es cierto que la frugalidad era su rasgo, ¿pero podríamos llamar anoréxico a Gandhi?"

Los hermanos Brontë es un prolijo *making of* de un milagro: *Agnes Grey*, *Jane Eyre*, *Cumbres Borrascosas*, *Villete*, *El inquilino de Wildfell Hall*, todas estas obras fueron escritas por tres mujeres que se elevaron por sobre todas estas catástrofes silenciosas para escribir un puñado de obras maestras.

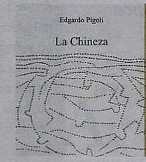
Pero las catástrofes silenciosas, por sí mismas, no hacen obras maestras, lo que vuelve un poco vano el intento de Pinkus por saber cómo se escribieron esos libros magistrales, qué pensaban sus autoras en ese momento, por qué eligieron contar esas historias (hasta el celebérrimo libro de Elizabeth Gaskell sobre Charlotte Brontë era bastante hiperbólico en muchas de sus respuestas y fue escrito inmediatamente luego de su muerte). En el fondo, la pregunta sería ¿importa demasiado?



Charlotte Brontë, la mayor de todas.

PASTILLAS RENOMÉ

por Laura Isola

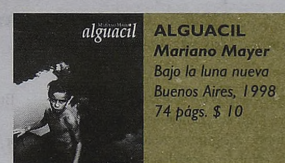


LA CHINEZA
Edgardo Pígoli
Ediciones del Dock
Buenos Aires, 1998.
66 págs. $ 10

Para llegar a China es necesario tomarse un bote, traducción más o menos conveniente de la cita de Nicholas Ray que abre el libro de Edgardo Pígoli. Pero hay que tomárselo con calma, el bote y el poema. Es por eso que Pígoli no hace concesiones y desenvuelve los poemas con una escritura que no quiere sacar ventaja de la rima fácil o del etéreo universo plagado de elfos y nenúfares.

"El Come Aire" es el que lee, escribe y "bautiza a la isla: La Chineza." Esta operación parece sintetizar la construcción del texto: trazar las fronteras, hacerse un punto o ser un punto ("un punto que corre") para emprender una aventura de la palabra.

Estos son poemas para leer y no para recitar, de acuerdo con lo que Leónidas Lamborghini llama el síndrome Berta Singerman en la elogiosa contratapa de *La Chineza*. Así es el tipo de lectura que propone el libro: silenciosa e individual para sonreír cuando uno quiera.



ALGUACIL
Mariano Mayer
Bajo la luna nueva
Buenos Aires, 1998
74 págs. $ 10

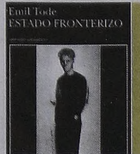
Alguacil es uno y tres al mismo tiempo. El parónimo le sirve a Mayer para dividir su libro: el insecto, el sherif y el proveedor de agua en los barcos. A pesar de la división tripartita, el libro pareciera tender a la unidad. Las referencias al agua y a la pintura, sobre todo Seurat, marcan un tono que impregna a muchos poemas. Algunos más logrados que otros, reproducen por medio de la palabra la técnica del tatuaje o del puntillismo. Las palabras son trabajadas más como decoración que por la connotación, ya que se mantienen muy cerca de lo aludido. El poema "Zenji" quizá describa y tematice la propuesta poética: "Toco en el lento hueco/la forma, el duelo del color: /bermellón, cinabrio, carmín, /uno por uno hasta llegar la púrpura". La yuxtaposición de palabras, la luminosidad del neologismo y la referencia erudita son las características sobresalientes de la estética de Mariano Mayer.



RÍO PARTIDO
Alejandra Correa
El otro cielo.
Buenos Aires, 1998
54 págs. $ 9

Pura intimidad y un uso convencional de la palabra son dos de las características sobresalientes del libro de poemas de Alejandra Correa. La escena de la familia, el ambiente recoleto de la infancia plagado de amenazas y víctimas, aparece en "Restauración": lo siniestro que necesita de lo cotidiano para tener entidad. La patria real o imaginada está en "Sabremos cumplir" y "Alta en el cielo", donde la exaltación suena a parodia y los diminutivos adquieren un uso irónico. En este libro no falta poesía amorosa y homenajes explícitos y de los otros. Lautréamont es el elegido: desde el epígrafe, unos magníficos versos de Juan Gelman, hasta el poema de Correa que cierra el libro. Escrito en francés y español, "Desmentida" reproduce la doble extranjería del poeta uruguayo que escribió en francés. Este cierre, en concordancia con la apertura, traza un puente: "entre la Patria/ y la tumba/ respira la poesía/".

Literaturas nuevas



ESTADO FRONTERIZO
Emil Tode
trad. Ruth Lias y Albert Tinaut
Tusquets
Barcelona, 1998
168 págs. $ 14

por Leonardo Moledo



ESTADO FRONTERIZO DE EMIL TODE NO DEFRAUDARÁ A LOS BUENOS LECTORES

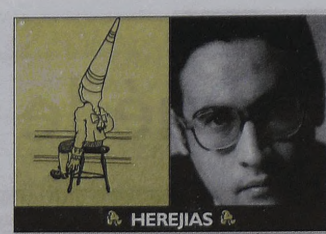
Estado fronterizo, Estonia existió durante muy poco tiempo, siempre absorbida por las distintas y poderosas naciones que se constituían a su lado (Suecia, Dinamarca, Alemania, Polonia, Rusia, la URSS), y que de tanto en tanto la anexaban por siglos; la caída de la Unión Soviética le permitió ocupar un lugar en el mosaico que genéricamente puede describirse como "Europa del Este". Así, en todo caso, denomina a su lugar natal el estonio Emil Tode en esta bella novela, esquivando de manera deliberada cualquier precisión: "Esa ciudad que no nombraré, en ese país que no nombraré". Los datos (que interesan especialmente a un lector de esta parte del mundo) son elocuentes, pero no definitorios; podría ser cualquier parte de las ruinas del imperio soviético.

Y es que el dato pasajero, la frase que apenas se percibe, la situación que se insinúa y lentamente se va aclarando sin perder ambigüedad constituyen el principio constructivo de *Estado Fronterizo*: quienquiera que esté tras la voz que arrastra la narración (no demarcada, indecisa, oscilante entre la existencia o no), tampoco se nombra a sí mismo: no nos dice su nombre, aunque de a poco descubre su biografía, y es interesante sentir cómo se ensambla el localismo ("de esa ciudad que no nombraré") o el detalle histórico concreto, con el clima deliberadamente difuso en el que se despliega la historia.

Una voz que escribe, un ir y venir entre París, Amsterdam y una no nombrada Estonia, una voz que susurra su historia a su amante evanescente –Angelo– sobre su otro amante asesinado, Franz ("Yo y mi crimen, yo y Franz –me preguntaste '¿France?' Porque lo pronuncié mal. No, no Francia sino Franz").

Pero no caeremos en el vicio de dar detalles concretos sobre el transcurrir de la novela, que de todas maneras ya están pésimamente descriptos en la contratapa: vale la pena no saber, porque la leve tensión narrativa sostiene con mucha habilidad una mirada develadora y placentera, que se introduce en intersticios del panorama y del paisaje y escudriña lo oculto bajo la superficie de los objetos con un lirismo simbolista que penetra sin miedo en lugares más cerrados: "En noches como ésas, los únicos portadores de lo trascendental son los tranvías", "y aquella nevera, cuyo interior suavemente iluminado era el meollo de todo aquel ámbito", y que no vacila en el momento de volverse sobre sí misma y mirarse: "Cuando me hallaba en esa cocina me invadía una sensación extraña y al mismo tiempo me recorría un escalofrío de espanto ante su pulcritud de clínica, quería verlo todo inexorablemente destrozado para que se hicieran evidentes los escombros ocultos bajo aquellas superficies perfectas".

Frente a la potente docilidad de la mirada que reconstruye paisajes y lugares, chocan, por eso mismo, las recurrentes caídas (por suerte, breves) en excesos de autocompasión y una suerte de seudoconfidencialidad que roza el sentimentalismo: "no sé si escribo", "no sé si leo", "no sé si estoy escribiendo esto", "no sé para qué escribo estas cartas que de todas maneras no leerás, ni enviaré siquiera", "¿es verdad todo lo que acabo de contar?", y así. O después de una hermosa descripción de Amsterdam, cuya condición de valor estético es precisamente la presencia: "Amsterdam, debería saber describirla, pero ¿qué es lo que recuerdo de aquella ciudad? ¿Acaso la he visto alguna vez?" que fatigan y resquebrajan la verosimilitud. Afortunadamente, la densidad de estos episodios disminuye de manera perceptible a medida que *Estado Fronterizo* avanza, y es una suerte porque al principio operan peligrosamente, y amenazan seriamente a una novela que finalmente sale airosa y que no defraudará a los buenos lectores. ♣



HEREJIAS

¿Qué libro considerado grandioso le parece mediocre y qué libro considerado mediocre le parece grandioso? Responde Juan Manuel de Prada, autor de La tempestad *y* El silencio del patinador.

"No sé si aquí será considerado grandioso, pero *Fortunata y Jacinta* de Benito Pérez Galdós, en España quizá sea –después de *El Quijote*– la gran novela española. Y Benito Pérez Galdós, después de Cervantes, el gran novelista español", dice Prada, para delimitar, así, el tamaño exacto de la herejía que se dispone a proclamar: "Yo lo leí de adolescente y, bueno, son esas lecturas que casi lees por obligación. No me había gustado mucho en su día, y volví a intentar leerla hace un año o menos y me resultó insoportable. La tuve que dejar", dice el autor de *Coños*, sin el menor pudor. "Es una novela muy costumbrista y reproduce mucho el lenguaje de la época. No llegué a la página cien de una novela que tendrá unas ochocientas páginas. Me aburrió y la tuve que dejar."

En el otro extremo, el autor de *El silencio del patinador*, encontró fascinante un libro poco conocido, *El talismán de Zeth*, escrita por Denis Wheatley: "Es una novela pulp, sobre un grupo de personajes que se enfrentan a un mago maligno y muy poderoso. Hasta hay una versión de la Hammer, la productora inglesa de películas de terror, protagonizada por Christopher Lee", comenta, entusiasmado, el autor de *Las máscaras del héroe*. "Es una novela, bueno, pues la típica novela sin pretensiones. Que, por sobre todo, me gustó y me divirtió mucho. Una acción trepidante y personajes muy divertidos", sintetiza Prada.

P.M.

¿Qué le regalo a un snob?

Siempre hay alguien a quien regalarle un libro puede ser una tortura, la sospecha de no estar nunca a la altura de las circunstancias. Walter Benjamin suministra a continuación algunos trucos útiles y fácilmente adaptables a nuestra Navidad.

por Walter Benjamin

Obsequiar a un snob significa entrar en una partida de poker. Es que el alma del esnobismo consiste en el *bluff*. *Bluff* por descaro o por temor, lo que resulta tan difícil de distinguir en este caso como en el poker. En todo caso, no hay peor error que ponerse a la defensiva, como al preguntarse tímidamente: *"¿Qué podrá tener en contra de un* necessaire *para viajes, qué dirá sobre el estampado del pijama, qué cara pondrá ante un cointreau?"* Los snobs merecen ser provocados. Cuanto más despectiva sea la forma en que inspeccionan la mesa de regalos navideños, tanto más casual deberá ser la manera de alcanzarle el presente. No debe privárselos de dobles mensajes. Los libros se regalarán envueltos. El precio bien visible, vuelto a trazar a lápiz. Más importante que la selección de los libros en sí (no hay manera más agresiva y taimada de obsequiar al snob que con libros) es el gesto con el que se devuelve, como una pelota de tenis, su mirada que tantea el terreno con cortesía. Por ejemplo, al regalarle *Cartas de varones* (*Knabenbriefe*) de Charlotte Westermann, un librito con el que se quedará de pie, algo perplejo. "Es que sólo regalo libros que también tenga yo. Cada tanto vuelvo a leerlo. A su autora no le deparó ni fama ni dinero, ni fue el primer paso hacia un segundo libro; sólo es un distintivo para cierta gente que lo ha leído y que ya no quiere separarse de él". Como se desprende del ejemplo, usted evitará poner a disposición del snob las claves que le faciliten su comercio asocial. No hablará ni de Conrad Ferdinand Meyer ni aludirá a Wedekind cuando, en lugar de aquel libro clasicista, le deje bajo el árbol de Navidad un libro femenino, desaparecido de inmediato pero decadente como el de Henriette Riemann, *Pierrot en la nieve* (*Pierrot im Schnee*). Podría decidirse por éste sobre todo porque se trata de un libro bastante malo y a la vez interesante, escrito en una época en la que el encuentro de la bohemia con un libertino todavía hacía saltar chispas.



En términos generales, regálele lo que a usted le dé la gana. Lo más remoto, lo más amarillento puede desarmar al snob tanto como *Sin novedad en el frente*. Sólo deberá cuidarse de una cosa. No habrá nada que un snob saludable y bien entrenado pueda despreciar más que usted tenga en cuenta su esfera de intereses. Para él, sería un juego de niños. Por lo tanto, lo máximo que puede hacer es parodiarlos. Si se trata de un político, regálele *Bella* (Editorial Insel), el libro de referencia del snob político. Si es *regisseur*, le tocará un manual de liturgia. Si alguien llegara a tener relación con los señores que llevaron a cabo el gran asalto del año (cabe apostarlo todo a que son snobs), debería regalarle el *Libro del bricolage*.

Puede ocurrir que nos inviten a pasar las Navidades en una casa de campo. El propietario es un snob apasionado y no le interesa otra cosa que sus invernaderos. Habría que ser tan limitado como él para regalarle bibliografía especializada o algún atlas de botánica antiguo y valioso. En cambio, una breve *nouvelle*, publicada hace muchísimos años por la editorial Reiss, sería capaz de sacudirlo hasta las raíces de su árbol genealógico. Su título es *La cebolla humana Kzradock o Metusalén, fresco como la primavera* (*Die Menschenzwiebel Kzradock oder der frühlingsfrische Methusalem*). Si vive con su familia y tiene hijos, regálele además (a él, no a los niños) el más bello de los nuevos libros infantiles, *El barco mágico* (*Das Zauberboot*, de Herbert Stuffer). Y que se las arregle para ocuparse de sus hijos los días feriados. No querrá largarlo sin protestar. Regalar es un arte apacible. Ante el snob, en cambio, debe ser tratado como un arte marcial. Aunque podría aparecer una complicación: que usted ame a ese snob. Claro que para ese fenómeno fuera de lo común hay algunos paliativos extraordinarios. Están los clásicos del snob, los grandes poetas a los que nada escandalizaba más que la idea de quedar expuestos ante el snob que llevaban adentro (*le serpent* lo llamó Baudelaire en un poema). Stendhal y Thackeray son los más grandes. Quizás convenga regalarlos en ediciones de viejo. Y si quiere hacer algo más, dedíqueselo con letra redonda: "Para Navidad de 1929 de tu amiga..."♣

Walter Benjamin. Kritiken und Rezensionen en Gesammelte Schriften Band III. *Frankfurt, Suhrkamp Taschenbuch, 1991. Publicado originalmente en* Die literarische Welt, *5. 50 (13.12.1929). Traducción de Silvia Fehrmann.*

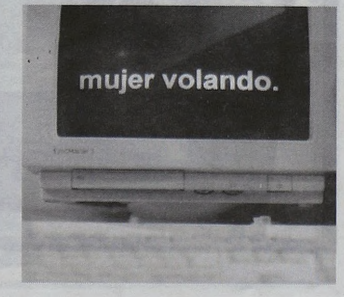
LA ESCENA DEL CRIMEN — **por Claudio Zeiger**

Liliana Heker

Para la autora de El fin de la historia*, el "cuarto propio" se construye en cualquier parte.*







El cuarto de trabajo de Liliana Heker tiene la calidez de la madera y el sello de una leyenda que emana de la computadora: "No molestar: mujer volando". Y si bien la mujer está sentada frente a la computadora, conversando y cebando unos mates, nadie podría asegurar que en cualquier momento no se va a echar a volar –física o espiritualmente– por algún rincón de eso que laboriosamente ha ido construyendo con los años y las mudanzas: un cuarto propio, por utilizar la ya clásica fórmula de Virginia Woolf. Los que están muy lejos de volar, los que más bien parecen preferir el vuelo bajo, quedarse recostados por allí y acompañar el ritmo de la escritura, son los gatos de Liliana. Iván (el viejo) reposa sobre la mesa de trabajo. "Escribió *El fin de la historia* conmigo" afirma la escritora. Mitia, el gato siamés que hace apenas seis meses se incorporó al hogar, sigue atento la entrevista, arte que le llama bastante la atención. Más misteriosa, Natasha (persa) sólo se hace presente en el cuarto cuando la que se siente inspirada es ella.

"Me costó mucho tener el lugar 'propio' en sentido estricto" dice Heker. "Siempre lo tuve porque creo que el cuarto propio es un ámbito que uno se termina creando en cualquier lugar. Mi primer lugar fue mi dormitorio en la casa de mi madre, y después el comedor en un departamento de dos ambientes."

Al cuarto actual de su casa actual en el barrio de San Telmo, también lo fue armando de a poco. Hay cinco bibliotecas, todas de madera. En la más grande, que ocupa la pared del fondo, fueron dejando rastros varias personas queridas. La construyó el padre del escritor Vicente Battista, y tanto Abelardo Castillo como Ernesto, esposo de Liliana, le han ido haciendo modificaciones. Pero el gran toque lo da sin dudas la mesa de trabajo donde reposa la computadora con todo su equipaje. Poco amiga de las mesas de computación, Liliana se deshizo de su anterior escritorio (que en realidad fue a parar a la cocina) para dar lugar a una mesa para asados, "la solución ideal para el que quiere una mesa de trabajo bien larga", afirma.

¿Orden? ¿Desorden? Las bibliotecas lucen ordenadas pero claramente en uso, y es que Liliana Heker confiesa que necesita estar rodeada de libros para escribir. Gatos, libros, una mesa de buena madera para servir asados y escribir novelas, cuentos y artículos, y una mujer que en cualquier momento se va a echar a volar. "Siento que es mi lugar. Los lugares, las casas, las novelas, los cuartos propios, se van haciendo de a poco. Y a este lugar lo fui construyendo de a poco."♣